

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ANDREU MAS - COLELL CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR *HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Excmo. Sr. Rector Magnífico.

Excmos. e Ilmos. Sres.

Sras. y Sres.

Empezaré por donde se debe: agradeciéndoles de todo corazón el honor que me acaban de conceder. Si sucumbiera a la tentación de afirmar que no me lo merezco, me temo que el exceso de cortesía sería, en verdad, descortesía hacia la decisión que ustedes han tomado. Mejor será que me limite a complacerme en la circunstancia. Me complazco, en primer lugar, de forma genérica porque, a qué negarlo, académico soy y los académicos somos de género vanidoso. Pero también de forma específica me complace que este reconocimiento provenga de la Universidad de Alicante. Y ello por dos razones. La primera es de orden muy personal. Mi familia paterna procede de tierras de Alicante, de la localidad de Xaló, en la Marina Alta. Mi padre tuvo en su vida tres pasiones: la familia, el trabajo y la caseta de Xaló. Las dos primeras le dieron muchas alegrías pero también, al menos su hijo, algún que otro disgusto. En cambio la tercera sólo le dio alegrías. Podrán ustedes imaginarse la satisfacción que fue para mí, y quisiera creer que para él, el poderle comunicar, ya en sus últimos días, la noticia de este título. Por ello, mi eterna gratitud. Mis vínculos con Alicante, ya ven ustedes, aumentan: este título, por un lado, pero también la caseta de Xaló. De los dos me siento orgulloso y a los dos cuidaré con esmero.

Mi segunda razón es menos sentimental. Considero un honor especial recibir este título por la Universidad de Alicante. La Universidad de Alicante, en general, y su Facultad de Económicas en particular, son ejemplos señalados del notable progreso de la Universidad española en los últimos veinte años. La Universidad española tiene más críticos, sobre todo de los poco dados a hacer distinciones, de los que le corresponderían por una consideración sosegada de los hechos. Yo invitaría a muchos de los críticos a que me acompañaran en un paseo que empezara hace veinte años y que terminara, más o menos, hoy y, más o menos, aquí. Comprobarían que queda, sí, mucho que andar pero que también es mucho lo andado. A pesar de que este marco desaconseja incursiones en el terreno de lo político no puedo resistirme a observar que en este progreso es inevitable ver la influencia beneficiosa de esa variedad de la mano invisible que es la autonomía y a desear, por tanto, que los caminos que enfilan el futuro sean respetuosos con la misma.

Y, finalmente, *last but not least*, muchas gracias a la Profesora Carmen Herrero y a sus colegas de la Facultad de Económicas. No sé si me reconozco en su *laudatio*. Pero tengan por seguro que, al menos figurativamente, me sonrojo. Me inquieta un tanto que haya sacrificado demasiado de su escaso tiempo y de su abundante energía en leer esos artículos que uno ha escrito con amor pero que, ¡ay!, siempre me han salido más abstrusos de lo que hubiera deseado. Pero, por otro lado, ¡qué placer tener como madrina a alguien para quien la obra de uno es un libro abierto!. Como ustedes ya saben, mi primera formación como economista fue en Barcelona, entre 1962 y 1966. No voy a decirles ahora, porque no sería verdad, que todo se lo debo a estos años de formación. Pero si les dijera lo contrario tampoco sería cierto. Hay continuidad intelectual entre lo que era entonces y lo que soy ahora. No es una continuidad evidente, pero es real, y si tienen ustedes la paciencia suficiente (poca elección les queda, me temo) se la voy a explicar. Primero quisiera, sin embargo, resolver la dificultad de cómo darles esta explicación sin, a la vez, convertir esta ocasión en una narcisista autobiografía intelectual. Recurriré a un método bien conocido. Me inventaré un ente ficticio llamado "mi generación". Ello me permitirá de ahora en adelante hablar en plural. Vaya por delante que pido excusas a cualquier compañero de generación que no se sienta reconocido en mi retrato.

Una característica importante del clima intelectual de los años sesenta fue el recelo hacia la institución y la idea del mercado. Es bueno recordar, para entenderlo, que los años treinta estaban no más lejos de los sesenta que los sesenta están de nosotros. La sombra de la Gran Depresión (que, en nuestro caso serían realmente los años de la postguerra) se proyectaba todavía con fuerza. Y, por supuesto, fuerte era también la intensidad de los vientos del Este. Sería, sin embargo, una apreciación errónea creer que el descrédito del mercado fuera cosa exclusiva del pensamiento de izquierda. La influencia de Marx era grande, pero, y en mi opinión más decisivamente, ahí estaban, también, Keynes y el afianzamiento de la macroeconomía como nueva disciplina económica, los pensadores conservadores pesimistas al estilo de Schumpeter o los planificadores indicativos franceses (más gaullistas que otra cosa). Todas estas eran corrientes intelectuales que se conocían, mal que bien, en la España de aquellos años donde, recuerden, hasta nosotros teníamos planes de desarrollo. La corriente más influyente era, sin duda, la que arranca de Keynes, cuya obra ya entonces se enseñaba en las aulas de nuestras universidades. De Keynes partieron aquellos de mi generación con inclinaciones macroeconómicas. Los macroeconómicamente menos predispuestos leímos y admiramos a Keynes, y lo admiramos todavía, pero, quizás de forma más difusa, recibimos una mayor influencia de la que podríamos llamar la vertiente microeconómica de la crítica del mercado, la que va desde la teoría de los fallos del mercado al pensamiento planificador, ya en su versión "indicativa" (Pierre Massé sería un autor representativo), ya en su versión de "socialismo de mercado" (a la Oskar Lange).

La vida siguió su rumbo y si, al cabo de los años, sacamos cuentas veremos que hemos sido muchos los que, a pesar de estos orígenes, hemos dedicado una parte sustancial de nuestras carreras a discutir y dilucidar la lógica de los mercados competitivos. ¿Es ésa una paradoja?. No lo sería si, por así decirlo, nuestro estudio del mercado hubiera estado guiado por un espíritu similar al del médico patólogo. Aunque el revestirnos con este traje sea un subterfugio al que más de una vez hemos recurrido, no creo que esta conclusión fuera en absoluto atinada. Nuestra relación con la idea y la realidad del mercado ha sido mucho más positiva, admirativa con frecuencia y, ciertamente, nunca por debajo del respeto y la amistad.

La paradoja, pues, subsiste. ¿Por qué fue fácil la transición desde inclinaciones intelectuales de corte planificador a una dedicación intensa a investigar la lógica del mercado?. Puesto que aquí no estamos haciendo psicología no tomaré en cuenta las explicaciones que pondrían el acento en el poder persuasivo de las universidades americanas. Sostendré más bien que la transición fue fácil por-que, y éste no es descubrimiento mío, la teoría pura de los mercados competitivos es prima hermana de la teoría de la planificación.

Es, en efecto, un punto de vista posible el que contempla a un capitalismo no intervenido como un mundo inevitablemente poblado por monopolios, y caracterizado, además, por una provisión de servicios y bienes públicos inferior a la óptima. Desde esta perspectiva los resultados propios de la mano invisible y la eficiencia económica, el objeto de estudio de la teoría pura de los mercados, sólo podrían alcanzarse plenamente con la presencia de una mano muy visible: la del planificador. O, en términos menos grandiosos, la del regulador. En mayor o menor medida este punto de vista sostendría que el planificador debería, en primer lugar, prevenir el surgimiento de monopolios, en segundo lugar, actuar como un ordenador que calculara, y garantizara, los precios correctos de las cosas y, en tercer lugar, estar al tanto de que el sector público proveyera los niveles adecuados de bienes públicos. Quiero subrayar que ésta es una visión simplemente posible y no necesariamente la posición que pudiéramos considerar mayoritaria en mi generación. La opinión que estoy intentando transmitir es que era posible, y sigue siendo posible, estudiar la teoría pura de los mercados competitivos y tener, a la vez, simpatía por la planificación, o, si no simpatía, al menos no ser particularmente escéptico sobre su viabilidad, especialmente por lo que respecta a sus versiones más descentralizadas.

El discurrir de los tiempos nos ha traído, sin embargo, muchas experiencias nuevas. De ellas destacaré dos, una ordinaria y otra extraordinaria. Del lado ordinario tenemos la experiencia de las economías mixtas que ha sido amplia y larga. Se ha hecho evidente, ¿cómo podía ser de otra manera?, lo que ya tantas veces se nos ha dicho: que no se debe comparar el mercado real con el regulador ideal, sino el mercado real con el regulador real. Si así lo hacemos no siempre las conclusiones serán a favor del mercado pero tampoco lo serán siempre a favor del

regulador. Nos hemos dado cuenta, por ejemplo, que los gobiernos son los agentes económicos mayores de la economía. Su potencial para el bien es grande pero simplemente por su tamaño cuando cometen errores estos pueden ser mayúsculos. De hecho, hemos aprendido, y aprender qué es lo que no se sabe es aprender, que no sabemos cómo minimizar la capacidad de error del gobierno (la posibilidad de minimizar el gobierno es una solución sólo parcial: les aseguro a ustedes que el poder económico directo e indirecto de los gobiernos no se va a reducir a cero).

La experiencia extraordinaria ha sido, claro está, el colapso de las economías de planificación central. Aunque yo soy de la opinión que el origen de la crisis fue más político que económico, es decir, que en sus inicios se trató del colapso de una dictadura, es en cualquier caso patente que ha puesto de manifiesto la incapacidad del sistema económico de planificación central. De otra forma lo que habríamos observado es una transformación política profunda acompañada de retoques económicos y no la pavorosa catástrofe que estamos contemplando. Ciertamente, uno podría preguntarse si todo esto era inevitable, si es el resultado de una característica esencial de la planificación o de una distorsión de la misma. Es una reflexión, el qué pudo ser, que algún día habrá que hacer. Pero no ahora. Es demasiado pronto. Ahora hay simplemente que reconocer que la planificación central como de hecho ha existido ha sido un fracaso completo, ha terminado, por decirlo llanamente, como el rosario de la aurora. Mucho me temo que este fracaso arrastrará en su caída muchas cosas, incluidas muchas cosas buenas. Y una pregunta que no puedo dejar de hacerme es si una de estas cosas será la teoría pura de los mercados competitivos.

Y la respuesta es que no lo sé. Confío que no. Pero no es imposible. No es imposible aunque el sospechoso fuera completamente inocente. La culpabilidad por asociación con culpable no será una categoría jurídica válida pero todos sabemos que ocurre con frecuencia. Y en nuestro caso la asociación ha existido, aunque no ha sido ni mucho menos intensa. La verdad es que me preocupa más saber si el sospechoso es completamente inocente. Porque el hecho es: si la teoría pura de los mercados competitivos y de la planificación son primos hermanos y si los mercados competitivos en su encarnación capitalista han funcionado tan bien y la planificación central ha funcionado tan mal, entonces debemos concluir que una de las dos teorías, o las dos, no eran muy congruentes con su encarnación real. O lo que es lo mismo, una de las dos teorías, o las dos, no capturaba en su aparato conceptual algunas de las piezas esenciales de su realidad.

Mi opinión es que las dos. Ello es claro por lo que respecta a la teoría de la planificación a que me he estado refiriendo. La misma no tiene mucho que ver con la planificación central a la soviética, y en cambio mucho más con el socialismo de mercado, un modelo ideal nunca realizado.

Pero me interesa ahora más discutir las dificultades de la teoría pura de los mercados competitivos. No es este el foro más indicado para una larga disquisición teórica sobre la cuestión. Hacerlo adecuadamente requeriría, además, el uso del instrumental propio de nuestra disciplina, que es un instrumental matemático. Habré de pedirles que crean que podría llevarla a cabo y puesto que me están dando esta distinción supongo que estarán inclinados a otorgarme la confianza. Hay un aspecto, sin embargo, sobre el que querría elaborar un poco puesto que constituye una de las insuficiencias más claras de la teoría de los mercados competitivos: me refiero al tratamiento del fenómeno de la innovación.

Rehuiré plantear mi discusión al nivel más filosófico pero quisiera hacer constar que algunas de las dificultades de la teoría se presentan ya a ese nivel. El problema es que en la teoría lo absolutamente nuevo no cabe. En la teoría el repertorio de lo posible en los próximos cincuenta años debe ser describible ahora. Ciertamente que no todo lo posible ocurrirá pero lo que ocurrirá deberá ser una de las eventualidades anticipadas. Es como si dijéramos que en 1940 los agentes económicos tenían en su cabeza un mundo futuro que incluía como una de sus posibilidades la revolución informática. Pero, repito, no es esta dificultad, un tanto abstracta, en la que quiero insistir hoy.

Una innovación es, en su esencia, nueva información. No es el objeto lo que importa sino el libro de instrucciones para su montaje. Como es sobradamente conocido, la información tiene el carácter de lo que los economistas llamamos un bien público y su provisión presenta dificultades teóricas en un contexto de competencia perfecta pura. Una innovación, una vez adquirida, puede ser copiada a un coste bajo. Es más, se puede, y se debe, argumentar que la eficiencia económica requiere que su precio sea también bajo ya que, de otra forma, se perderían posibilidades de intercambios socialmente beneficiosos. ¿Cómo negarle a un enfermo una medicina cuyo coste de producción es claramente inferior al beneficio que el enfermo deriva de la misma?. Y, sin embargo, es claro que si seguimos los dictados de la eficiencia estamos a la vez destruyendo los incentivos para la innovación. Porque, ¿quién invertirá en investigación y desarrollo si los beneficios derivados de la inversión no son apropiables?. Cada innovador potencial esperará a que otro tome la iniciativa con el resultado final de que no la tomará nadie. Una conclusión se impone inevitablemente: en un contexto de economía de mercado sin intervención pública una condición necesaria para que los incentivos a la innovación sean los apropiados es la falta de pureza de la competencia, concretada en la posibilidad por parte de los innovadores de obtener beneficios de monopolio sobre los frutos de la innovación. El derecho de patentes no es otra cosa que la plasmación legal de esta condición. Discúlpenme el prurito de querer hacer constar, sin mayor elaboración, que la obtención de derechos de monopolio es una condición necesaria, que no suficiente. No quiero que los colegas me cojan en falta.

Queda, sin duda, la posibilidad de la intervención pública, y, de hecho, es difícil no concluir que el carácter de bien público de la actividad innovadora justifica sobradamente las subvenciones a la investigación de carácter general e incremental que podríamos llamar básica. Así que estén tranquilos. No he venido aquí, ¡Dios me libre!, a decirles que no debe haber fondos para la investigación básica. Pero, otra vez, la notable falta de tono innovador de las economías de planificación central nos dice que algo habría de erróneo en empujar al límite el argumento de la innovación como bien público y en contemplar la posibilidad de poner toda la actividad innovadora bajo la responsabilidad del sector público. Vale la pena señalar que en los países de planificación central no falló la investigación básica. Los ex-soviéticos sabían, en principio, cómo hacer ordenadores personales. Fueron sus planificadores los que no supieron ver que ésta era la tecnología del futuro. Esto les ocurrió no porque fueran faltos de inteligencia sino porque, en realidad, era muy difícil verlo. Si ustedes vuelven atrás y recuerdan sobre qué bases se pretendían vender los primeros ordenadores personales (llevar las cuentas de la casa, por ejemplo) se convencerán que no era en absoluto evidente que esa fuera una tecnología necesaria. De ahí se sigue la conclusión a la que quiero ahora llegar, a saber, que para estimular la innovación que podríamos llamar tecnológica o aplicada, hace falta un sistema que en lo fundamental esté dirigido por la competencia, un sistema donde la fuerza del espíritu innovador esté en manos de iniciativas empresariales que persigan su propio beneficio y no otra cosa. La descentralización es esencial porque si la innovación se ha de estimular y adoptar de forma centralizada entonces es casi inevitable que su progreso se hará más lento, por la simple razón de que la innovación significa, en parte, el rompimiento de las estructuras establecidas y la obsolescencia de lo ya instalado. Es muy fácil engañarse sobre el valor de nuevas tecnologías cuando ya se tiene un sistema que funciona adecuadamente y no se está sometido a la competencia de innovadores potenciales faltos de toda consideración por lo que ya existe.

Llegados a este punto me han de permitir ustedes que haga una digresión. No quiero llevar demasiado lejos la comparación entre la teoría pura de la competencia, que me es muy querida, y la realidad de las economías de planificación central, por la que no tengo simpatía alguna. Es cierto que ambas tienen dificultades con la innovación pero las de las segundas son en verdad muy profundas. Las dificultades no se limitan a la innovación sino también a la imitación. Los planificadores centrales soviéticos no sólo no supieron ver el futuro de los ordenadores personales (esto les pasó a muchos: a los franceses, o a mi vecina, la *Digital Corporation*) sino que una vez el futuro de la tecnología estaba bien establecido fueron incapaces de desarrollar una industria de imitación. No es ahora el momento de preguntarse porqué fue así (un fallo generalizado en el control de calidad de productos intermedios podría ser parte de la explicación) sino de constatar que así fue. Y no hay que olvidar que, salvados los mínimos de subsistencia, en el cálculo de la felicidad no cuenta tanto lo que se tiene como lo que no se tiene. Todavía recuerdo bien las amargas quejas de un matemático soviético

privado en su vida profesional del uso de los ordenadores personales. De eso hará dos años y el hombre era la imagen misma de la miseria. Y sin embargo, así vivíamos todos no mucho más allá de diez años atrás.

Retomemos el hilo de nuestro discurso. Sería razonable resumir nuestro somero examen de los problemas relacionados con la actividad innovadora concluyendo que el estímulo adecuado a la innovación requiere una combinación de subvención pública para la investigación básica, de mono-polio que garantice la apropiación individual de los beneficios de la innovación, y de competencia que garantice que sólo la apreciación de estos beneficios por parte del innovador-inversor serán un factor en la decisión de innovar. Esta combinación de protección pública, monopolio y competencia se parece mucho a la realidad de los países capitalistas desarrollados, se parece poco al de los países de planificación central y, mucho me temo, tampoco se parece grandemente al mundo ideal del modelo de competencia perfecta.

Pero, y permítanme con ésto cerrar uno de los círculos de este discurso, se parece, en cambio, mucho a la visión de otro de los autores que de la mano de Fabián Estapé, era popular en la Facultad de Económicas de Barcelona en mis años de estudiante. Me refiero a Joseph Alois Schumpeter. Este famoso economista austríaco-americano basó, precisamente, su teoría del capitalismo en la visualización del mismo como un proceso de "destrucción creadora" (en término suyo), dirigido por empresarios innovadores que constantemente impulsarían olas de innovación, destrucción e imitación. Aunque, repito, Schumpeter era muy popular en aquellos años, lo cierto es que no prendió. En mi opinión ello no fue por razones ideológicas sino más bien por razones internas al desarrollo de la economía como disciplina científica. Es difícil progresar sin el asidero de una metodología analítica (en economía, matemática) y hasta muy recientemente no se han elaborado modelos schumpeterianos analíticamente ricos. Se ha tardado tanto en parte porque es difícil. Pero más probablemente porque se creyera que la teoría moderna del equilibrio general, basada en la obra de León Walras y de sus seguidores contemporáneos, fuera suficiente. Keynes, cuya obra, como la de Schumpeter, no era matemática pero que a diferencia de Schumpeter era hostil a la matematización, tuvo más suerte. Probablemente porque la necesidad se sintió de inmediato (¡la macroeconomía no existía!) su obra fue formalizada con rapidez.

La popularidad de Schumpeter se debía a una razón un tanto curiosa. Schumpeter era un conservador que había dejado de creer en el futuro del capitalismo y que creía en cambio en la inevitabilidad del socialismo. Estas creencias las teorizó en un libro brillante, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, publicado en 1942 (la fecha es importante). Frases famosas antaño, hoy altisonantes, como "¿Puede sobrevivir el capitalismo?. No, Pienso que no", que abre la segunda parte del libro, o "¿Puede funcionar el socialismo?. Por supuesto que puede", que abre la tercera, eran música a los oídos de los muchos desafectos de aquellos tiempos. En pocas palabras, Schumpeter basaba su escepticismo en la conjunción de la idea de que el poder innovador del capitalismo es fundamentalmente el poder innovador del empresario individual, del capitán de empresa, y de la percepción de que la era del capitán de empresa estaba desapareciendo. Para Schumpeter el capitalismo de las grandes empresas establecidas se estaba burocratizando en un proceso, para él, de falta de vitalidad innovadora y de transición inevitable al socialismo.

Es evidente que Schumpeter se equivocó espectacularmente. El capitalismo ha atravesado una de sus etapas más innovadoras, tanto que ha enterrado ignominiosamente a su amenazante enemigo de otros tiempos. ¿Dónde estuvo el error de Schumpeter?. Porque si aceptamos su visión del capitalismo, entonces una de dos, o bien Schumpeter minusvaloró la capacidad de innovación de la gran empresa capitalista moderna, o bien Schumpeter minusvaloró la continuada, directa o indirecta, presencia de la creatividad empresarial individual en el capitalismo moderno. Es esta, una cuestión en el fondo empírica y puesto que no soy economista empírico no puedo contestársela. Pero les diré cuál me gustaría que fuera la respuesta. Y también les diré porqué. Me gustaría que la respuesta fuera que Schumpeter subvaloró la importancia en el mundo de hoy de la capacidad innovadora del empresario individual. Y la razón, para serles sincero, es que pienso que a esta altura de los tiempos y en esta Europa en la que nos estamos integrando la ventaja comparativa, que no digo absoluta, de un país como España podría muy bien estar en las actividades innovadoras propias del

empresario no muy grande. Por un lado, merced a nuestras universidades y politécnicos, nuestro nivel de cualificación técnica empieza a traspasar el umbral de lo adecuado. Y por otro, mientras que es evidente que en el proceso de modernización hay que copiar mucho, también es cierto que la posibilidad existe de que en ocasiones puedan explotarse como ventaja las insuficiencias del pasado para abrir vías de innovación. Al fin y al cabo, para innovar no es tanto lo valioso que hay que destruir. Sea como fuere, se puede mantener la opinión que si España llega algún día a formar en las filas de la primera línea europea ello no será tanto, comparativamente hablando, por sus grandes empresas sino, permítanmela hipérbole, por una explosión schumpeteriana de creatividad empresarial fundamentalmente individual, o, si prefieren, de pequeña y mediana empresa en sus orígenes.

I per tot aixó es apropiat que els hi digui avui i ací, tant perquè la Comunitat Valenciana és afamada per la vitalitat del seu empresariat petit i mitjà com, i amb això tanco l'últim. dels meus cercles, en honor d'aquell petit industrial a qui la crisi econòmica de l'any 18 va fer emigrar de La Marina Alta cap al Paral·lel de Barcelona, on el seu fill visqué la seva vida i el seu net comença la seva, En nom d'avi, fill i net, moltes gràcies.